

EL PESCADOR Y EL DJIN²⁴

Un anciano pescador, muy entrado en años, tenía esposa, un hijo y dos hijas que alimentar. Era tan pobre que le resultaba arduo conseguir el sustento diario, porque tenía por costumbre no echar las redes más de cuatro veces cada vez que iba a pescar al mar.

Un día salió de la ciudad con la red auestas en cuanto oyó la llamada a la plegaria matinal,²⁵ llegó a la orilla, dejó en el suelo su canasta, se arremangó los faldones de su larga túnica y se metió en el agua. Avanzó hasta media distancia del lugar donde ya no se hacía pie y lanzó la red tan lejos como pudo.

Esperó a que la malla llegase al fondo, y se puso a tirar de la cuerda con todas sus fuerzas. Pero la red debía de haberse enganchado en algún sitio, porque en vano se esforzaba en tirar de ella. Volvió, pues, a la orilla, clavó una estaca en la arena y ató el extremo del cabo. Tras quitarse la túnica, se lanzó al agua desnudo y nadó hasta la red. Tiró por todas partes de ella y la arrastró como pudo hasta conseguir llevarla a la orilla.

Razones tenía para sentirse satisfecho. En cuanto se vistió de nuevo y puso la red en la arena seca, se dispuso a abrirla... pero descubrió que no retenía más que un asno muerto que, con el peso, le había destrozado la red. Al verlo, se entristeció, se lamentó de su mala suerte y exclamó:

—¡Sólo en Dios, el Altísimo, el Magnánimo, residen la fuerza y el poder!
—Para a renglón seguido añadir—: ¡No deja de ser sorprendente semejante don como alimento!²⁶

A continuación recitó estos versos:

Tú que te internas en las tinieblas de la noche,
de la muerte ignominiosa, ceja en tus empeños:
pues el alimento no viene por mucho movimiento.

24. Ms A, t. I, fol. 16 a 34, noches 8b a la 27; Ms B, fol. 6 a 19, noches 7 a la 23; Ms C, t. I, fol. 20 a 44, noches 8 b a la 27; edición de Boulaq, noches 3 b a la 9 a. En la traducción de Galland, este cuento corresponde a las noches 8 b a la 27; en la de Mardrus, a las noches 3 a la 9 a.

25. Llamamiento a la oración que tiene lugar al final de la noche, cuando la luna aún brilla en el cielo.

26. Se trata de la carne de un animal impuro.

¿Acaso no has contemplado el mar y al pescador,
estatua alzada, de su subsistencia al acecho?
¿No has reparado en las estrellas nocturnas,
con esmero jaspeadas en la bóveda del cielo?

Sin apartar la vista de los nudos de la red
va hacia las olas que rompen contra él.
Si llegada la noche, en su casa, duerme bien,
los peces mordieron del anzuelo la hiel.

Y el comprador, adormilado en la noche,
al cubierto del frío, ¿de qué goza, sino de fortuna?
¡Gloria a mi Señor, que a unos quita y a otros da!
Uno lo pesca... ¡y otro es quien se come el pez!

Cuando el pescador hubo terminado de recitar tales versos, sacó de la red los restos del asno y se sentó en el suelo a coserla. Al terminar, la lavó, la retorció para escurrirla y la puso a secar.

Un poco después, se metió de nuevo en el agua, pronunció la fórmula tradicional «En el nombre de Dios» y lanzó otra vez la red. Esperó un momento hasta que la malla se posó en el fondo y, a continuación, tiró de la cuerda con cuidado. Pero la red pesaba mucho, más que la primera ocasión. Tras creer por un instante que, en este caso, la red guardaba un buen número de peces, volvió a sentirse más alegre. Se desnudó de nuevo, se lanzó al fondo del agua, consiguió soltar la red y no dejó de tirar de ella hasta llevarla a tierra. Pero en el interior sólo encontró una gran tinaja llena de arena y de légamo. Al verla, se echó a llorar y dio rienda suelta a su aflicción.

—¡Está claro que hoy no es mi día! —exclamó, para añadir a continuación—: ¡Pero estamos en manos de Dios y a Él hemos de volver!

Y buscó consuelo en los versos:

¡Poderosa y mundana escasez,
no te ensañes más en mí,
o haz que todo se apague!

En pos del sustento iba encaminado,
me dijeron que se había esfumado.

No me tocó en suerte recibir nada,
ni gracias al trabajo que me cansa...

¡Cuántos ignorantes viven en la opulencia!
¡Cuántos sabios viven en la miseria!

Lo único que podía hacer era deshacerse de la tinaja, lavar la red, retorcerla, ponerla a secar y, tras pedir perdón a Dios por sus pecados, regresar al mar de nuevo... Lanzó la red, pues, por tercera vez, esperó a que llegase al fondo y comenzó a tirar de ella. Pero sólo recogió unos cuantos cascotes, unos frascos de vidrio, guijarros, fragmentos de huesos y otros desperdicios. La escasez del botín le inspiró estos quejumbrosos versos:

Tú que buscas el sustento eres incapaz
de las dificultades apartar ni solventar.
Ni la pluma ni los hermosos versos
te habrán de ayudar o alimentar.

Suerte y sustento son algo
que nos ha tocado en suerte.
Hambrunas y espléndidos años,
acéptalos como vienen.

Los reveses de la vida rebajan el temple
del hombre, mientras enaltecen al vil,
que aún más bajo se habría de hundir.

¡Golpea, oh muerte, la vida no tiene sentido:
los halcones quietos, encadenados al suelo,
mientras los patos pretenden llegar al cielo!

No te sorprenda ver al recto en la pobreza,
mientras, como un potro de pura sangre,
el desalmado en sus asuntos se pavonea.

El sustento, habas contadas
de antemano a cada cual:
nunca hallaremos más migas
que los pájaros al picotear.

Hay quien ha de correr el mundo,
desde Oriente hasta Occidente.

Otros reciben tales delicias,
sin siquiera del sitio moverse...

El pescador alzó la vista al cielo. Contempló la aurora y, tras ella, esa luz que es el anuncio del alba.

—¡Dios mío —exclamó—, de sobra sabes que no arrojaré la red más de cuatro veces! Ya la he lanzado en tres ocasiones; sólo me queda una oportunidad. ¡Dios mío, haz que el mar se muestre condescendiente conmigo, igual que lo obligaste a tener miramientos con Moisés!

Alzó bien alta la red y la lanzó por última vez a las olas. Esperó a que llegase al fondo y, cuando le pareció que ya tenía un peso considerable, tiró de ella. Pero por más que lo intentó, la red se había enganchado de nuevo.

—¡Sólo en Dios, el Altísimo, el Magnánimo, residen la fuerza y el poder! —exclamó una vez más.

Tras desnudarse de nuevo, se lanzó al agua y tanto se afanó que consiguió arrastrar la red hasta la orilla. En su interior había un objeto muy pesado. Cuando, después de mucho esfuerzo, consiguió retirar la red, descubrió que se trataba de un ánfora de cobre amarillo, cuya boca estaba sellada con plomo fundido, que ostentaba el sello de una sortija. Nada había que indicase lo que contenía. Con todo, podía darse por satisfecho. «Si se la vendo a un calderero —pensó—, siempre podría sacarle como para comprar dos *irdabs*²⁷ de trigo.»

Miró el ánfora por todas partes, pero la pesada materia que parecía encerrar en su interior no se movió. Como el plomo cerraba herméticamente el gollete, reflexionó: «Si quiero llevármelo, lo mejor será abrir el cántaro; en cuanto saque lo que contiene, lo portaré rodando hasta el zoco de los caldereros». Extrajo un cuchillo del cinturón, lo clavó en el contorno del tapón y hundió la hoja, hasta que consiguió que saltase. Lo recogió y, con el tapón entre los dientes, inclinó el ánfora hacia el suelo ayudándose de ambas manos. Pero, para su sorpresa, por más que la zarandeó, no cayó nada.

Esperó un instante y entonces se asombró al contemplar cómo salía de aquel recipiente una humareda espesa, que se elevó en columna hacia el cielo y empezó a desplazarse a ras de tierra. Tras aumentar de volumen con rapidez, pronto se extendió sobre el mar, se elevó hasta lo más alto del cielo y no tardó en ocultar hasta la luz del sol. Cuando, al cabo de una hora, terminó de salir el contenido del ánfora, aquel nubarrón se condensó hasta formar una masa sólida, agitada por violentas turbulencias, para conver-

tirse en un *ifrit*, cuyos pies se asentaban en el suelo mientras que su cabeza se perdía entre las nubes. Exhibía una cabeza semejante a la de un lobo; en una boca tan enorme como una caverna se alojaban unos colmillos que parecían rezones, mientras que los demás dientes eran como ruedas de molino; encima de la boca, se abrían unas narices similares a trompas escupidas en cuernos, enmarcadas entre unas orejas tan grandes como escudos de cuero; el cuello que sostenía aquel edificio era tan ancho como una calle y, como remate, se adornaba de un par de ojos tan resplandecientes que parecían antorchas. En pocas palabras, reunía cuanto de horroroso y dispar pudiera apetecer un monstruo.

Cuando el pescador se vio ante aquel espantoso ser, se echó a temblar desde los hombros hasta los ijares, los dientes le castañetearon y la saliva se le secó en la boca.

—¡Oh, Salomón, profeta de Dios! ¡Perdóname, perdóname! —clamó el *ifrit*—. ¡Jamás volveré a contradecirte, ni desobedeceré tus órdenes!

El pescador no ocultó su asombro:

—¿Qué dices, rebelde? Salomón, el profeta de Dios, murió y hace más de mil ochocientos años que ya no está en este mundo. Ahora nos encaminamos al final de los tiempos. ¿Qué te pasó? ¿Qué hacías metido en ese cántaro?

Al oír lo que le decía el pescador, el *ifrit* se limitó a responder:

—¡Voy a darte una buena noticia!

—¡Hoy es mi día! —exclamó el pescador.

—La noticia es que voy a matarte ahora mismo —precisó el *ifrit*— y de la forma más expeditiva.

—Por tan grata noticia como la que me acabas de anunciar, te merecerías que cayese sobre ti el velo que cubre tus crímenes a los ojos de los demás —replicó el pescador—. ¿Por qué quieres matarme, a mí, que te he liberado del cántaro, que te he sacado de las profundidades del mar y te he traído a tierra?

—Solicítame una gracia —le espetó el *ifrit*.

—¿Qué merced podría pedirte? —preguntó el pescador al oír aquello.

—La de elegir la clase de muerte que desees —repuso el *ifrit*— y cuál es el medio que prefieres que emplee para matarte.

—¿Qué delito he cometido? —exclamó el pescador—. ¿Ésa es tu recompensa después de haberte salvado?

—Escucha lo que voy a contarte, pescador.

—Está bien, pero que sea breve, ya que mi alma a punto está de separarse de mi cuerpo.

—Escucha, pues...

27. Medida de capacidad de áridos (equivalente, en Egipto, a unos 197 litros).

Otros reciben tales delicias,
sin siquiera del sitio moverse...

El pescador alzó la vista al cielo. Contempló la aurora y, tras ella, esa luz que es el anuncio del alba.

—¡Dios mío —exclamó—, de sobra sabes que no arrojaré la red más de cuatro veces! Ya la he lanzado en tres ocasiones; sólo me queda una oportunidad. ¡Dios mío, haz que el mar se muestre condescendiente conmigo, igual que lo obligaste a tener miramientos con Moisés!

Alzó bien alta la red y la lanzó por última vez a las olas. Esperó a que llegase al fondo y, cuando le pareció que ya tenía un peso considerable, tiró de ella. Pero por más que lo intentó, la red se había enganchado de nuevo.

—¡Sólo en Dios, el Altísimo, el Magnánimo, residen la fuerza y el poder! —exclamó una vez más.

Tras desnudarse de nuevo, se lanzó al agua y tanto se afanó que consiguió arrastrar la red hasta la orilla. En su interior había un objeto muy pesado. Cuando, después de mucho esfuerzo, consiguió retirar la red, descubrió que se trataba de un ánfora de cobre amarillo, cuya boca estaba sellada con plomo fundido, que ostentaba el sello de una sortija. Nada había que indicase lo que contenía. Con todo, podía darse por satisfecho. «Si se la vendo a un calderero —pensó—, siempre podría sacarle como para comprar dos *irdabs*²⁷ de trigo.»

Miró el ánfora por todas partes, pero la pesada materia que parecía encerrar en su interior no se movió. Como el plomo cerraba herméticamente el gollete, reflexionó: «Si quiero llevármelo, lo mejor será abrir el cántaro; en cuanto saque lo que contiene, lo portaré rodando hasta el zoco de los caldereros». Extrajo un cuchillo del cinturón, lo clavó en el contorno del tapón y hundió la hoja, hasta que consiguió que saltase. Lo recogió y, con el tapón entre los dientes, inclinó el ánfora hacia el suelo ayudándose de ambas manos. Pero, para su sorpresa, por más que la zarandeó, no cayó nada.

Esperó un instante y entonces se asombró al contemplar cómo salía de aquel recipiente una humareda espesa, que se elevó en columna hacia el cielo y empezó a desplazarse a ras de tierra. Tras aumentar de volumen con rapidez, pronto se extendió sobre el mar, se elevó hasta lo más alto del cielo y no tardó en ocultar hasta la luz del sol. Cuando, al cabo de una hora, terminó de salir el contenido del ánfora, aquel nubarrón se condensó hasta formar una masa sólida, agitada por violentas turbulencias, para conver-

tirse en un *ifrit*, cuyos pies se asentaban en el suelo mientras que su cabeza se perdía entre las nubes. Exhibía una cabeza semejante a la de un lobo; en una boca tan enorme como una caverna se alojaban unos colmillos que parecían rezones, mientras que los demás dientes eran como ruedas de molino; encima de la boca, se abrían unas narices similares a trompas esculpidas en cuernos, enmarcadas entre unas orejas tan grandes como escudos de cuero; el cuello que sostenía aquel edificio era tan ancho como una calle y, como remate, se adornaba de un par de ojos tan resplandecientes que parecían antorchas. En pocas palabras, reunía cuanto de horroroso y dispar pudiera apetecer un monstruo.

Cuando el pescador se vio ante aquel espantoso ser, se echó a temblar desde los hombros hasta los ijares, los dientes le castañetearon y la saliva se le secó en la boca.

—¡Oh, Salomón, profeta de Dios! ¡Perdóname, perdóname! —clamó el *ifrit*—. ¡Jamás volveré a contradecirte, ni desobedeceré tus órdenes!

El pescador no ocultó su asombro:

—¿Qué dices, rebelde? Salomón, el profeta de Dios, murió y hace más de mil ochocientos años que ya no está en este mundo. Ahora nos encaminamos al final de los tiempos. ¿Qué te pasó? ¿Qué hacías metido en ese cántaro?

Al oír lo que le decía el pescador, el *ifrit* se limitó a responder:

—¡Voy a darte una buena noticia!

—¡Hoy es mi día! —exclamó el pescador.

—La noticia es que voy a matarte ahora mismo —precisó el *ifrit*— y de la forma más expeditiva.

—Por tan grata noticia como la que me acabas de anunciar, te merecerías que cayese sobre ti el velo que cubre tus crímenes a los ojos de los demás —replicó el pescador—. ¿Por qué quieres matarme, a mí, que te he liberado del cántaro, que te he sacado de las profundidades del mar y te he traído a tierra?

—Solicítame una gracia —le espetó el *ifrit*.

—¿Qué merced podría pedirte? —preguntó el pescador al oír aquello.

—La de elegir la clase de muerte que deseas —repuso el *ifrit*— y cuál es el medio que prefieres que emplee para matarte.

—¿Qué delito he cometido? —exclamó el pescador—. ¿Ésa es tu recompensa después de haberte salvado?

—Escucha lo que voy a contarte, pescador.

—Está bien, pero que sea breve, ya que mi alma a punto está de separarse de mi cuerpo.

—Escucha, pues...

27. Medida de capacidad de áridos (equivalente, en Egipto, a unos 197 litros).

Has de saber que pertenezco al grupo de *djins* rebeldes, reacios a toda obediencia. Junto con el rebelde Sakhr, me alcé contra el profeta de Dios, Salomón, hijo de David, quien envió contra mí a Asaf, hijo de Barukhia, el cual me redujo por la fuerza, me condenó en juicio y, a pesar de la resistencia que ofrecí y humillado por completo, me condujo ante el mismísimo profeta Salomón.

En cuanto éste me vio, puso de manifiesto que solicitaba la ayuda de Dios contra mí y contra mi aspecto. Luego me propuso que le prestara obediencia, a lo que me negué. Entonces, pidió que le llevaran el ánfora, me encerró en ella, estampó su sello en el plomo que precintaba la tapa y en ella grabó: «¡En el nombre de Dios, el Magnánimo!». A continuación dio una orden a los *djins*, que me alzaron del suelo y me arrojaron al mar. Durante doscientos años, encaré mi infortunio con paciencia, pues había decidido que enriquecería «a quien me salve antes de que transcurran aquellos doscientos años, tanto a él como a sus descendientes».

Pero pasaron doscientos años y no apareció nadie para liberarme. Me dispuse, pues, a soportar otros dos siglos de reclusión, no sin haberme prometido que pondría «los tesoros de la tierra en manos de aquel que me salve».

Habían pasado ya cuatrocientos años, y yo seguía a la espera de que alguien me liberase. Lo soporté con paciencia durante otros cien años, no sin haberme jurado que convertiría «en sultán a quien me salve; o mejor todavía, me convertiré en un joven paje a su servicio y culminaré con éxito para él tres asuntos a diario».

Pero aquellos cien años, que vinieron tras otros muchos, no me devolvieron la libertad. Entonces, encolerizado, eché pestes, juré y escupí, al tiempo que me juraba: «A partir de este momento, sea nómada o sedentario quien me salve, lo mataré con muerte cruel y sólo le concederé una gracia, la de que elija la manera como prefiera despedirse de esta vida».

¡Y resulta que me liberas el mismo día en que acababa de tomar esta decisión! Sólo me resta decirte algo más: elige la forma como quieres morir...

—¡Estamos en manos de Dios y a Él hemos de volver! —exclamó el pescador cuando hubo escuchado el relato del *ifrit*. —¿Por qué, a lo largo de todos estos años aciagos, no se me presentó la oportunidad de liberarte hasta el día de hoy? ¡Mi destino es mucho más funesto de lo que imaginaba! ¡Per-

dóname la vida y Dios te perdonará tus pecados! No me mates; si lo haces, Dios logrará que aparezca otro que haga lo mismo contigo...

—No queda otra salida —se limitó a insistir el *ifrit*—. Elige, pues, como merced, la clase de muerte con que quieres morir.

El pescador comprendió, en aquel momento, que no había vuelta de hoja. Embargado por la tristeza, se echó a llorar y gritó:

—¿Qué será de mis hijos? ¡No los abandones a su suerte, Dios mío, que no se vean solos y muertos de hambre! —A continuación suplicó al *ifrit*: —¡Perdóname la vida, por Dios! —exclamó—. No olvides el favor que te he hecho al sacarte del cántaro y devolverte la libertad...

—Ésa es la razón por la que voy a matarte —replicó el *ifrit*—, para agradecerle el favor que me has prestado al liberarme y sacarme de ahí...

—Pero al hacerlo, he seguido el camino del bien, mientras que tú me respondes con el mal. No miente, pues, el proverbio versificado que afirma:

Hemos seguido el camino del bien,
nos lo pagan con la moneda del mal.

A fe mía, que tal comportamiento
propio es de hombres perversos.

Aquel que obra bien con quien digno no es
como Mudjir, hijo de 'Amir, ha de retener...

—No alargues tu perorata —le interrumpió el *djin*—. Como te he dicho, es preciso que mueras de todas todas.

El pescador se hizo la siguiente reflexión: «No hay duda de que éste es un *djin* y yo, un ser humano. Dios me ha otorgado una inteligencia y me ha puesto por encima de los *djins*. He de dar con una estratagema cuya astucia no sea capaz de adivinar su obtusa mente».

De modo que se dirigió al *ifrit* y le preguntó a bocajarro:

—¿No te queda más remedio que matarme?

—Así es —repuso el otro.

—En ese caso, por el gran nombre de Dios,²⁸ el nombre que estaba grabado en el anillo de Salomón, hijo de David, si te hago una pregunta, ¿me responderás con sinceridad?

Al oír aquello del gran nombre de Dios, el *ifrit* se sintió muy turbado y comenzó a temblar.

—Haz la pregunta pero sé breve —contestó.

28. Nombre secreto de Dios, gracias al cual toda oración es escuchada.

—Por el gran nombre de Dios, dime si cabías por entero en el cántaro que he sacado del mar.

—Por el mismo gran nombre, te aseguro que todo mi ser cabía por entero en el ánfora.

—Mientes —replicó el pescador—, porque el cántaro no es lo bastante grande como para que entrasen tus manos o tus pies. ¿Cómo habrías de caber por entero?

—Por Dios te digo que cabía en ese recipiente. ¿Acaso no me crees?

—No, no te creo.

Tras lo cual, el *ifrit* se agitó en una especie de espasmo y se convirtió en humo. Se elevó por los aires, planeó sobre el mar, se arrastró por el suelo y, a continuación, se condensó y se encogió tanto que, en un abrir y cerrar de ojos, consiguió introducirse en el ánfora por completo. Cuando acabó y el humo se hallaba contenido de nuevo entre las paredes de aquel recipiente, el *ifrit* gritó desde el interior:

—Pescador, ya estoy dentro del ánfora. ¿Me crees ahora?

Pero entretanto el pescador había recuperado el tapón de plomo, así que cerró con firmeza la boca del cántaro.

—*Ifrit* —le dijo—, solicítame tú ahora la gracia de que te permita elegir la clase de muerte que prefieres. Te arrojaré de nuevo al fondo del mar, y me quedaré a vivir en la orilla; y a cualquiera que se le ocurra venir a pescar por estos parajes, le advertiré: «¡Ándate con ojo! En el mar hay un *ifrit* que ha jurado matar a quien lo saque de ahí y no le concede otra posibilidad que la de elegir la clase de muerte que desea...».

Cuando el *ifrit* oyó las palabras del pescador, se dio cuenta de que estaba atrapado; hizo mil esfuerzos por salir de allí, pero de nada sirvieron contra aquel tapón donde estaba grabado el sello de Salomón, hijo de David. Al reparar en el ardid del que se había valido el pescador, comenzó a suplicarle:

—Pescador, no me hagas esto; sólo estaba bromeando.

—Mientes, tú, el más vil de los *ifrits*... el de más roma inteligencia. Y el pescador echó a rodar el ánfora hacia el mar.

—¡No, no! —aullaba el *ifrit*.

—¡Sí, sí! —exclamaba el pescador.

El *ifrit* rompió a llorar y, con humildad, le imploró:

—¿Qué vas a hacer, pescador?

—Echarte al agua —respondió éste—. Como ya has probado ese lugar de residencia durante unos cuantos siglos, ¡esta vez habrás de esperar ahí hasta la hora del juicio final! ¿Acaso no te he dicho hace un momento «déjame con vida y que Dios te dé salud durante largos años»? ¿No te he

dicho «no me mates, porque Dios acabará contigo»? Pero no has querido escucharme. Sólo pensabas en cómo traicionarme y quitarme la vida. Ahora me toca a mí ser el embaucador.

—Pescador —le imploró el *ifrit*—, si abres el ánfora, te colmaré de riquezas y favores.

—¡Mientes, mientes! —gritó el pescador—. Entre nosotros ha ocurrido lo mismo que le pasó al rey de los griegos y a Dubán *el Sabio*...

—¿Qué les sucedió, pescador? —preguntó el *ifrit*.

—Ahora te lo cuento...

HISTORIA DEL REY DE LOS GRIEGOS Y DEL MÉDICO DUBÁN

Has de saber, *ifrit*, que en la ciudad de los persas, en el reino de Zumán, hubo una vez un rey de los griegos.²⁹ Aquel rey estaba afectado por la lepra. Médicos y sabios habían intentado curarle con todo tipo de remedios pero habían sido incapaces de sanarle. El rey había ingerido numerosos brebajes y le habían untado con todas las pomadas imaginables. Pero de nada había servido para atajar el mal.

Un día llegó a la ciudad un sabio llamado Dubán. Había leído los libros griegos, persas, turcos,³⁰ árabes, latinos, siríacos y judíos. Había aprendido todas las enseñanzas de tales libros y dominaba las diversas ciencias que dichas obras contenían, así como los principios superiores sobre los que se edificaban y las aplicaciones prácticas que podían derivarse de las mismas. Conocía las propiedades de las plantas, y las hierbas, tanto las perjudiciales como las benéficas. Había aprendido también filosofía, sabiduría que está por encima de los demás saberes.

Tras haber decidido quedarse unos cuantos días en aquella ciudad, no tardó en oír hablar del rey que la gobernaba... así como de la lepra que lo aquejaba. También se enteró de que médicos y sabios habían sido incapaces de encontrar un remedio eficaz. Después de ponerse al tanto, dejó pasar un día y por la noche durmió en una casa. Cuando Dios tuvo a bien que se alzase y resplandeciese el astro de luz, Dubán *el Sabio* vistió sus mejores ropas, pidió que le anunciaran al rey de los griegos y se presentó ante él.

29. En la época helenística, los príncipes seleúcidas, herederos de Alejandro, reinaban en Persia, Mesopotamia y Siria.

30. Las primeras obras maestras de la literatura turca no fueron puestas por escrito hasta el siglo XI, lo que nos lleva muy lejos de la época helenística, marco histórico en que se desarrolla este relato. Pero todos sabemos que el arte del cuento gusta de semejantes anacronismos.